

Extracto del libro:

Pablo Redondo y Sebastián Salgado: *Una historia de la filosofía para la vida cotidiana*, editorial Maia, Madrid, 2013, pp. 241-245

Ontología: el tiempo (II)

Tempus fugit

Dame tiempo. Necesito tiempo. No tengo tiempo. Tranquilo, hay tiempo. Vamos bien de tiempo. Llegaremos a tiempo. Tiempo al tiempo. Por ti no pasa el tiempo. El tiempo no perdona...

¿Cuántas veces hemos escuchado y proferido estas expresiones? El tiempo es el protagonista, por estar o no estar, por tener suficiente o por carecer de él. Parece un personaje aparte, distante y distinto a nosotros. Algo externo y diferente que viene y va, que no se deja manejar del todo y que no se acopla bien a nuestras necesidades y deseos.

En los primeros años del siglo XXI, la firma de automóviles Mercedes Benz lanzó al mercado un nuevo modelo con esta campaña publicitaria:

“Cuando te aburres, me pides que corra; cuando te diviertes, que vaya más despacio. Si sufres, quieres que vuele; si te enamoras, que dure siempre. Si vas ganando, quieres que me haga corto; si vas perdiendo, que me alargue. Cuando esperas, me pides que pase más deprisa; y cuando tienes lo que quieres, que me detenga. Y no ves que la decisión es tuya y no mía; que cuanto antes lo tengas, más tiempo lo vas a disfrutar”.

Obviamente el que habla es el tiempo y quien escucha es cualquier potencial comprador. Pero la frase final indica un cambio: el tiempo se ha trocado en un Mercedes y se trata de adquirirlo cuanto antes.

La cuestión filosófica que se pone de manifiesto es que el tiempo nunca *viene a tiempo*. Es ese invitado imprescindible que no sabe comportarse y del que quedamos a merced, importunados por su azaroso arbitrio. Lo curioso es que, estando siempre presente, nunca lo hace como debería. Su presencia es inevitable porque en ella estamos comprendidos, aunque sea *a destiempo*. Acompaña permanentemente, pero no siempre para nuestra conveniencia: cuando nos aburrimos sentimos que transcurre con demasiada lentitud y al divertirnos pasa volando.

El mensaje publicitario contiene otra importante tesis: quien *da el tiempo* no es este mismo, sino nosotros ("*la decisión es tuya y no mía*"). ¿Por qué? Sencillamente porque el tiempo es una moneda que se puede intercambiar por cualquier vivencia (aburrirse, divertirse, sufrir, sentir placer, ganar, perder, esperar, poseer, etc.), de igual manera que al final del anuncio se convierte en un automóvil ("*cuanto antes lo tengas, más tiempo lo vas a disfrutar*").

Hemos colocado el tiempo fuera y dentro de nosotros, como algo ajeno o extraño pero a la vez cercano e íntimo. De alguna manera, el tiempo, *lo otro*, lo distinto a todo, es lo que somos, lo que nos pasa y sobre todo cómo nos pasa, de forma que eso distinto es lo igual, lo que está en todo. No andaba desencaminado Heidegger cuando decía: "el ser es tiempo". ¿Qué es entonces y dónde está?

El ser del tiempo

Está en todas partes y en ninguna, dentro y fuera, puede ser lento y veloz, pesado y ligero, deseado y odiado. ¿Qué es eso que puede ser y no ser?, ¿qué puede ser una cosa y su contraria, aquello en lo que arraiga toda contradicción?

Ante el panorama de que el tiempo sea lo que no tiene ser, que no sea ninguna cosa pero resida en todas, cabe afirmar que será lo indefinible por definición. Por eso Agustín de Hipona sostenía que sabemos qué es cuando no nos preguntan. Sin embargo, seguimos

preguntando. Y no parece tener mucho éxito un interrogatorio al acusado, algo directo como "¿tiempo, tú qué eres?". Habrá que desviar la mirada y preguntar a otro por él.

Aristóteles se dio cuenta de la necesidad de esta estrategia de acercamiento indirecto y cuando quería hablar del tiempo se ponía a hablar del movimiento. El movimiento exige cambio y este es el mejor indicador temporal: si hay cambios, percibimos de inmediato que el tiempo pasa, notando así su presencia. Pensaba Aristóteles que había dos tipos de cambio, dependiendo de su nivel de profundidad y rotundidad: el sustancial y el accidental. Este último es casi aparente, un cambio menor como puede ser trasladarse de un lugar a otro sin sufrir modificación alguna en nuestro aspecto. Ahora estamos aquí y dentro de dos minutos 100 metros más a la derecha, o estoy en Oslo y mañana en Berlín. Sin embargo, el movimiento o cambio sustancial es más profundo, por ejemplo pasar de la vida a la muerte, del ser a la nada.

Cada cambio, además, muestra dos instantáneas: la de partida y la de llegada. Una instantánea es una especie de detención del tiempo, una imagen detenida. Por ejemplo, un fósil muestra una radiografía de un cambio y es una suerte de fotografía de lo que fue. En este sentido, la geología ha hecho mucho por notificar la existencia del tiempo. Si tomamos una piedra podemos averiguar su composición y de ahí su edad, su pertenencia a un determinado momento de la historia de la tierra. Nuestro cerebro es una especie de máquina geológica, registra el paso del tiempo almacenando instantáneas. Esas "piedras" almacenadas son los recuerdos y gracias a ellos nos percatamos de que el tiempo pasa. Una piedra, un recuerdo, son instantáneas, momentos detenidos con sabor temporal. Igual que una pintura de Velázquez, con esa capacidad suya para detener el movimiento y dejarlo en suspenso sin anularlo, porque el espectador siempre tiene la impresión de que lo retratado está vivo.

Decía el escritor Joseph Conrad que el ser humano es capaz de cualquier cosa porque todo está en él: todo el pasado y todo el futuro. Si prescindimos de la exageración y del antropocentrismo de que todo el tiempo cabe en el cerebro humano y nos fijamos en la segunda parte de la frase, veremos con claridad el ser del tiempo: todo el pasado y todo el futuro, lo sucedido y lo que queda por suceder, todo lo que ha sido y lo que será, todo lo que había antes y lo que habrá después, lo que queda atrás y lo que aún permanece por delante. En definitiva, el tiempo es lo que no es, bien porque ha dejado de ser (se ha vuelto pasado), bien porque aún no es (todavía es futuro y está por llegar).

No estamos locos ni jugamos con las palabras, tampoco tratamos de tomar el pelo a nadie. Solo constatamos que el tiempo es lo que no es. No tiene ser, no es esto ni aquello, este coche ni aquella pera, no es esta mesa ni esa taza, aquel árbol ni este juguete de madera. Y, sin embargo, a pesar de que no es ninguna cosa, parece reposar en todas y cada una de ellas. Son lo que son porque el tiempo opera depositándose u hospedándose en ellas de manera agresiva e invasiva. Las cubre con su manto, las infesta y se parasita en ellas causando estragos. ¡Qué pronto se marchita esta flor! Y esa manzana partida por la mitad en seguida se deteriora y oxida, como un trozo de hierro dejado a la intemperie. Todo sufre la plaga del tiempo.

Pero no queda fuera de las cosas, no existe separadamente de ellas. Al contrario, no es nada distinto del ser. Es la existencia de las cosas mismas, lo más real -si es que al hablar de lo real se puede dar un más y un menos-. Así, ante la pregunta ¿qué es el tiempo? o ¿cuál es su ser? no cabe otra opción que responder: lo que no tiene ser pero *da* ser, porque gracias a él cada cosa se torna comprensible y comprendida; gracias a él las cosas se hacen visibles, aparecen y se hacen presentes. Sin él no seríamos capaces de poner orden en el agitado mundo de las cosas. Un orden que exige no perder más tiempo con el tiempo.